



SUEÑO DE NAPOLEÓN

Sin Magestad Imperial y Real algo sofocado con las inigestas noticias que de Madrid se le comunicaron con fecha del veinte y uno de Julio de 1808 (se tiró en un sofá, arrancándose los sesos, escupiendo blasfemias y forjando amenazas contra todo piante y mamante del Reyno Español. En este entusiasmo, si no de desesperacion, de otra cosa que le parecía, combinando cálculos, y trazando planes, harto de sí mismo, se quedó fuera de sí, sumergido en un profundo sueño. Mas la imaginacion recargada de vivas é interesantes ideas; caliente y agitada la sangre, é irritada la bilis, armaron un botiborrillo y mezcolanza en sus sesos, que dieron con toda la grandeza en tierra haciendo de somnábulo. Pónese en pie su Magestad, saca la *grande* espada imperial y real, empieza á zarpazos *grandes* y á *grandes* gritos, armando una zalgarda, como si una legion de diablos hubiera venido por lo que era suyo. Aquí descarga, allí pega, haciendo una carnicería tan espantosa en su gabinete, que ni quedó la *araña grande*, ni el *espejo grande* imperial y real, ni nada de lo *grande* que allí habia, que no saliese echando chispas á las vibraciones imperiales de su *grande* acero. Vaya, se repitió la escena que admiró la Venta que tuvo el honor de hospedar á D. Quixote de la Mancha la noche del combate de los pellejos de vino.

Oyendo la *grande* Emperatriz los *grandes* porrazos de su esposo, pensó que alguna *grande* empresa urgía, pues no podía portarse menos el vencedor de Jena y Austerlitz. Despertó á los Palaciegos á chillidos, viendo que se aumentaban las voces y zarpazos, traen la luz con un hacha muy *grande*, y ven... ¿quién lo pensara en el *grande* Emperador? que engolfado en la batalla habia soltado hasta los calzones para vencer y tirar tajos tan sin miseri-

cordia, que no solo había muerto dos gatos imperiales que dormían en una silla, sino que había roto el mapa topográfico de Napoles grabado sobre oro: el busto del Rey de Prusia; y hasta una estatua de Alexandro el grande la había echado á rodar cercenada de orejas. Viendo la Emperatriz con honores de loco un esposo tan cuerdo, y que á los gritos y chillidos, capaces de levantar ampollas en los oídos, estaba como un leño, y sin hacer mas que destrozos contra sí mismo; mandó traer un gran cubo de agua, recién sacada del pozo imperial y real, para que echándola por encima de su alma volviese en sí de sueño tan pesado. Fué un gusto ver esta gresca. Parecía conjuro de energúmeno rebelde. Mientras mas agua le echaban mas brincos y gritos pegaba su Magestad el Emperador. No tengáis miedo, decia, de esa nube de balas que nos llueven encima: veis esas numerosas huestes; (ya estan adovados sus Gefes con unto mexicano) mañana estarán en vuestro poder.

Viendo por último, que ni los rociones de agua imperial, ni los cubos enteros, ni la turbionada de gritos despertaban al Héroe, le pegaron un gran trancazo en la cabeza, y de esta forma soltó las armas de la mano, y se acabó la batalla mas memorable que la de Marengo. Le pidieron hasta de rodillas á S. M. que contase el suceso por ser cosa digna de ponerse en Gazeta, y hubo Impresor, que sabiendo el hecho, no durmió aquella noche por coger un pellizco del gran sueño para ponerlo con letras grandes en el diario. Mas el cansancio, lo intempestivo de la hora, el sudor grande que bañaba á S. M. impidieron el gusto de oír al Héroe, tratándose solo de darle un corroborante, ponerle una pítima sobre el corazón, dos docenas de ayudas para refrescarle el hígado, y meterlo en la cama con centinelas dobles de la legion de honor, dexando el resultado para el otro día.

La noche fué de todos metales: hubo efervescencias

y bascas, interpoladas de votos imperiales: hubo lagrimones como cascabeles: hubo mocos quitados sin pañuelo, por los sorbetones reales de S. M., cosa que no se creería en el Emperador; como tampoco algunos bozados imperiales, que al descuido y con cuidado se pegaba en sus invencibles brazos. En fin, al romper las doce del día, se levantó aunque no de todo tiempo el incomparable Napoleón.

Acudió, que ni bandada de estorninos, la Imperial familia á felicitarlo y pedirle de rodillas le contase el sueño, que no podía menos de ser presagioso é interesante. Entonces con unas imperiales miradas mandó echar fuera los menos confidentes, y al compas de dos esperezos y un novenario de votos de que no quedó seguro el Santo mas arrinconado del Almanaque (bien que estos y Mahoma son para él de un mismo calibre) dixo con voz campanuda lo siguiente.

Mi alma grande no puede estar en inacción. Bien sabeis las ideas que alimento, y me devoran: que pienso solo en poner el mundo entero baxo mi pie dominador. No estará en su propio centro, ni será ilustrado y feliz hasta que reciba el Código Napoleon. Estas plácidas ideas me entretienen siempre; y como *la empresa grande urge*, no puedo estar un momento ocioso, sin pensar, combinar, plantear y trazar por quantos medios me sugiere mi grande imaginacion. Me lastimo de la culpable desidia en que vive la Europa, huyendo entre la infelicidad; y viendo la ineptitud de todos para romper las cadenas que los oprimen, quiero hacerlos felices con los cañones y bayonetas: despertarlos del letargo con los estruendosos ecos de Marte y de Belona. No perdono fatiga para entablar mi plan; viéndome revestido de la autoridad suprema, lo puedo hacer todo impunemente. Mando en el Presbiterio y Trono, baxo y subo, quito y pongo, de forma que de justicia me apellidan todopoderoso Señor. Traté de formar la Es-

pañá conmovido de su lamentable estado y situación; combiné mis planes, y aunque se torcieron al principio, me salieron á satisfaccion despues. Mas pasado tiempo sin saber de España, una carta de Madrid me consternó hasta no mas. Me manifiesta el Reyno entero conmovido; algunos descalabros de mi tropa; el destrozo del invencible Dupont, y que mis soldados me quieren abandonar. Poseído de estas lúgubres ideas me rindió el sueño, y en él se me representó con toda propiedad lo que vais á oir.

Me pareció que entraba triunfante por Madrid acompañando á mi hermano Josef I, para poner en sus sienes una Corona, tanto mas apreciable para mí, quanto menos trabajo me habia costado el conquistarla, segun los derechos de mi Código. Apenas avisté con el gran Palacio, objeto de mis deseos, y que justamente habiamos de ocupar, segun los derechos de conquista, he aquí que salen volando las mulas sin saber por donde, se disipa el coche disuelto entre denso humo, el Palacio desaparece como un fuego fatiso, y en una llanura sin casas, árboles, ni yerba mas que peñascos secos, pegamos de cabeza tal porrazo, que toda la oficina de las ideas se cascó contra un guijarro, sin que hubiese uno de la gran guardia que nos viniese á socorrer; antes huyendo vergonzosamente, decian con gran risa: sóplate esa breva, y vuelve por otra; no querías España, pues toma España; pon ese capítulo en el Alcoran Napoleon. Estando en tan deplorable estado (pues tal fué el porrazo que no nos podiamos menear) vinieron tropas de muchachos y mugeres con guñapos y escobas, no para ayudarnos, sino para hacer mofa, y que fuese completa mi desesperacion. Refregándonos el rostro los muchachos decian: *tolle verecundiam*, y hubo vigote imperial que salió pegado á sus uñas: con tal gana tiraban los angelitos! barriéndonos despues las mugeres de alto abaxo, y dándonos con los troncos de las escobas en la cabeza decian: ea, ya va aviado el Rey y Emperador.

Agatas empezamos á caminar hácia mi Reyno : pero ¡qué fué mi sorpresa quando veo á mi lado el gran Duque de Berg, que sin mirar que de Bodegonero le hice Domine, y de Galopin lo puse al lado del Trono, me insultaba tambien ! Parecia un demonio vivo, pues tuve que limpiarme muy bien la vista para haberlo de conocer. Sepultados sus ojos en el craneo, y de consulta con el cogote, tenia honores de cadáver de tísico; y aunque rico de duros, habia quedado pobrisimo de carnes. No sé qué detrimento habia padecido en los *Paises basques* por unos sorbos de arsénico que le dieron á beber en la copa del deleyte, estando recostado en el lecho del placer : lo cierto es, que disminuido de caudal, habia crecido de narices, de quixadas y parches. Pues esta estantigua, este coco de espantar niños, este ingrato, abriendo su boca formidable, que parecia un campanario con repique, segun el meneo de dientes y muelas, me dixo así:

Indigno Napoleon : ¿qué maldito plan fué ese que formaste que nos ha puesto á parir? ¿No decias de que todos dormidos y engañados no osarian contrarestarnos, porque tus promesas, tus embrollos, tu fuerza lo precavía todo? ¿Qué importa que empezásemos con bien, si vamos de mal en peor? La huésped se ha vuelto respondona. Yo no he podido hacer mas que poner en práctica tus lecciones : ¡malditas sean ellas, y quien me las enseñó! He escrito papelones mas largos que la Quaresma: he mentido mas que el Alcoran, como tú me enseñaste he prometido sin temor, como que no pensaba dar; por fin he hecho tantas cosas de nuestra cosecha, que dudo que V. M. con todo el torrente de su indignidad hiciera tanto. Y como los tontos de los Españoles no estaban acostumbrados á nuestros tráficos, se despachaban los embustes á sopapos, y los tragaban que ni tortas de Moron. Pero ¿y que de aquí? ya no se chupan el dedo como al principio, y todo ha caido á plan. Yo he perdido todo mi peujar, porque hasta las mugeres me han dado el pago : las tropas

andan como panderete de brujas, y hay soldados sin zapatos porque les estorba su peso para huir. ¡Qué! dixé entonces furioso, ¿saben huir mis soldados? Saben tan bien, me dixo entonces con una carcajada, que parece que no han hecho en toda su vida otra cosa, y los Generales hacen poco menos; todos estan sin un cuarto, sin embargo de haber hecho á satisfaccion lo que han aprendido de tí; todos en fin estan echando bravatas, y tiritando de miedo. Las ganancias de los bobos que nos patrocinan (que malas lenguas llaman traidores) son el haber quedado sin cabeza los mas privilegiados, y otros que no les falta mas que el peregil y los huevos para hacer albondigas de sus cuerpos; y aunque de todo esto no se nos dé cuidado por no haber hecho los vandidos mas que ahorrarnos el trabajo, lo que yo siento es que mi Ducado grande se lo llevó el demonio, que mi cabeza no está segura en su propio lugar, pues se chupan los dedos para atraparla, para que sirva de espanta páxaros, y de letrina pública de moscas. ¡Mira qué lástima de cabeza si á la vejez se llega á ver como los loros! y yo me lo temo, porque los leones que dormian han despertado ya, y como los gorriones de lugar ni hacen caso de voces, ni de ruido. Lo mismo despluman las Aguilas grandes del Imperio que si fueran lechuzas, y por mas que los llamamos vandidos, traidores y desleales, siguen en el empeño de quitarnos el trabajo de pasar los Pirineos. Es verdad que los amenazamos en recompensa á diestro y á siniestro, y quando entramos en un pueblo desarmado manifestamos nuestro valor, pues lengua y traicion no nos falta ya que no haya fuerza; pero y qué, si luego la pagamos como la zorra. Nuestra tropa se apoca por momentos, aunque algunos soldados no han dexado de parir; esto va malo, y se achica por instantes todo lo grande que hemos sido hasta aquí.

A estas palabras no pude menos que empuñar mi luciente acero; y pensando que capitaneaba á mis soldados, tiré tajos de la una á la otra parte, mas todos han des-

cargado sobre mí, pues he desbaratado toda mi grandeza, no habiendo dexado nada bueno en mi gabinete, hasta mi gran Corona despues de desbaratada la eché á rodar. Yo bramo de furor; mi nombre grande va á borrarse; mis Generales estan presos ó muertos; toda la Europa en insurreccion; los muchachos me cantan coplas; no hay boca que no me maldiga; ¿qué he de hacerme? vive mi furor..

A esta palabra, la tomó un palaciego, su querido el Príncipe Neufchatel, y dixo: Altísimo y grandísimo Señor; no hay que sofocarse, que estas cosas que van y vienen no pueden estar paradas. La fortuna con seso y hora de todos llegó por acá. Ya se llevó el demonio lo que era suyo, y antes me admiro como ha durado tanto, pues solo un demonio mayor que el del infierno, como es vuestra grandísima Magestad, hubiera podido sostener por tanto tiempo la ilusion; pero que le quiten de encima lo que se ha divertido: el haber tenido á todos con la boca abierta, y algunos que ya le querian rezar. V. M. ha sido autor de teatro, pues ha mudado escenas á su placer y voluntad, lo que ninguno jamas executó. V. M. ha sido la quinta esencia de todos los indignos que numera la historia, y ha recogido de todos lo peor: que le quiten ese gustazo que no tiene exemplar. Nos tienen las historias embobados con los nombres grandes de Calíguas, de Neronés, de Atilas, de Julianos y Cimbrios, Lombardos y Godos: ¿qué son todos ellos para V. M.? V. M. con un pensamiento ha hecho mas que todos ellos hasta la quarta generacion. Hasta tienen todos que roer, y no habrá uno que no se acuerde de Napoleon, aunque no sea mas que para maldecir la última entretela de su corazon. No tenga V. M. cuidado que todos lo echarán menos, y los Gazereros mas, pues no han de encontrar tan así como quiera quien les proporcione mas material para tiznar papel. V. M. ha de ser siempre grande mas que le pese al mundo entero. La falta de su nacimiento, que tambien han husmado esos podencos, (que esa no es falta sino un antojo de su

madre) se cultre con su grande talento y habilidad. Parece que la fortuna dispone que las madres antojadizas y saltones parian unos hijos que llamen la atención. Quando parió Herodías, parió una hija que sabia baylar; pero quando á V. M. lo parió su madre, parió un estuche que todo lo sabia hacer. V. M. ha sido Geógrafo, pues ha puesto á la Europa que no la conoce la madre que la parió. V. M. ha sido Papa, pues ha dispensado votos solemnes, extinguido sin bulas órdenes enteras, y en no siendo conceder gracias, ha hecho cosas que el diablo no las pensó. V. M. ha puesto fabrica de Reyes, pues ha hecho más que tiene la baraja: en una palabra, ha hecho burla del mundo entero, qué mucho que el mundo entero la haga ahora de V. M. Los muchachos por lo ménos le estarán agradecidos, pues tienen para hacer comedias con el Código Napoleon. Los ciegos no se olvidarán de él por los papelones que han vendido por V. M. Las amas de leche le serán propicias, por tener con su nombre para espantar los muchachos quando no las dexen dormir. Los pintores lo echarán ménos, pues ya no tienen que poner en los abanicos. Los Poetas se acordarán de él, pues formaran con su vida un poema, que aunque nada finjan, no lo creerá nadie por faltar á la verosimilitud: ¿pues qué mas gloria, Señor? ¿No la tuvo Erostrato en quemar el templo de Efeso porque sonase su nombre en la historia? ¿Pues qué mucho que lo tenga en esto V. M.? No tenga V. M. cuidado, que lo mas que puede ser es que le quiten el ásuplamocos el cetro, á bien que no le quitan nada suyo, ni V. M. recibe otra cosa que la pena del Talion. No le han de dexar tan infeliz que le falte que comer, porque si no le quitan el pescuezo, como tiene ganado, mientras tenga á su muger, no se ha de morir de hambre, que vuelva al oficio que tenia antes de subir al trono, que no le faltarán pesetas y regalos, á no ser que la escupan por haber sido esposa de tan Gran Emperador.

F. T. N.